D5107
G35

Siendo esta obra propiedad de su editor, quien ha cumplido con lo que la ley previene para el caso, nadie podrá reimprimirla sin su permiso.

CAPILLA ALFONSINA
Biblioteca Universitaria
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

COLOCACION DE LAS ESTAMPAS.

	PAG.		PAG.
Jaffa	4	Belén	192
Jerusalén, vista general	20	Monte Tabor	246
Jardin de los Olivos	53	Monte Líbano	289
Iglesia del Santo Sepulcro	76	Tébas	418
Santo Sepulcro	92	Valle de Josafat	491

011109

A MI SEÑOR JESUCRISTO,

CRUCIFICADO Y MUERTO POR MI AMOR Y POR LA REDENCION DEL GENERO HUMANO.

EL pais que os plugo elegir para venir al mundo en carne mortal; que honrásteis con vuestra divina presencia; que asombrásteis con estupendos prodigios; en que predicásteis la doctrina celestial; enseñásteis prácticamente la mas profunda humildad, y manifestásteis vuestra omnipotencia: la comarca en que quisísteis sufrir persecuciones, contradicciones, oprobios, baldones, y regar con vuestra preciosísima sangre, muriendo, por fin, en el infame patíbulo de la cruz, inmolándoos por nuestro amor: la tierra en que se ven y tocan las señales del estremecimiento de la naturaleza, inanimada á la muerte de su Criador, en la que existen muchos de los antiguos monumentos, y otros que la piedad cristiana levantó como signos, en que el alma fiel encontrase sus delicias, participando en el recuerdo de vuestras penas y trabajos; forman, adorado Redentor mio, el cuadro que con mano inesperta he pintado, sacando copia de los verídicos lienzos que testigos oculares formaron á presencia de los originales.

Aunque el mas indigno é incapaz de vuestros ministros; pegado mi rostro al polvo y confiado únicamente en vuestra bondad infinita, tengo la temeridad de ofrecer á vuestros piés este pobre tributo de mi amor respetuoso. Dignaos, Padre amorosísimo de mi alma, aceptarle, y derramar sobre cuantos lo leyeren, con espíritu humilde y compungido, los rayos de vuestra LUZ celestial, acompañándoles los santos ángeles por estos CAMINOS de dolor, esperanza y consuelo, á fin de que conociendo que en vos únicamente está la VERDAD, queden al mismo tiempo convencidos, que la razon humana se degrada brutalmente al estraviarse de vos, que sois la palabra de VIDA eterna. Abrasad, Señor, el corazon de todos, para que, consumido cuanto haya de terreno, no se ocupen mas que de su santificacion, y resucitados á la gracia, nos reunamos en la celestial Jerusalen para entonar los cánticos eucarísticos en derredor de vuestro trono, Cordero inmaculado, en compañía de los justos de todas las edades. Amen.

AL QUE LEYERE.

Mientras algunos peregrinos han dado á luz sus viages á la Palestina con sobrado laconismo, otros les han publicado con una difusion tal, que estraviando la idea del primer objeto, la confunden entre la multitud de sucesos y discursos, resultando en aquellos la oscuridad, y en estos la fatiga de entresacar las noticias que deseaban adquirir á costa de multiplicadas lecturas. Fastidiados los mas por el tiempo malogrado, no quieren consultar otros escritores, y como hayan leido la descripcion de lo que está á grande distancia de nuestro continente, entran en cierta desconfianza por la libertad que á veces se toman los viageros de referir cosas inauditas y asombrosas.

Aprovechando, como es justo, los trabajos de piadosos é ilustrados peregrinos, que detenidamente visitaron la Tierra Santa, se desvanecen las sospechas, porque al ver el testimonio conteste de personas de diferentes épocas, patria, costumbres y lenguas, el entendimiento se rinde á las convicciones de la verdad, proclamada por tantos testigos sin tacha legal, y recomendables por su caracter y honoríficos destinos que sirvieron.

Tratábase, sin embargo, en esta coleccion, de aprovechar las producciones agenas, acumulando las pruebas que han visto la luz pública; circunstancias que hicieran desistir de la empresa y version á nuestro idioma, si la experiencia no hubiera demostrado la dificultad de hacerse con ellas, cuando para examinarlas han debido recorrerse no solo voluminosas bibliotecas públicas, sino tambien leer abultados volúmenes, imitando á la abeja, que vuela de una á otra flor para chupar la miel, extraer la cera, y luego formar el panal.

Este trabajo asiduo, formado todo de partes difíciles de recoger, nos hará venir en conocimiento exacto de la Palestina y demas lugares santificados; saber sus dimensiones, y recorrer los paises que llaman la atencion del cristiano, sin las fatigas de un penoso y espuesto viage, ni los insultos que prodigan los infieles y cismáticos á los que detestan por sus creencias religiosas.

Ojalá que para leerlo con fruto se acordasen todos, que Moisés se quitó el calzado antes de acercarse á la zarza que ardia sin consumirse, por haberle dicho el Señor: *El lugar en que te hallas es una tierra santificada*, para que al tiempo que con la consideracion van á seguirse las huellas que imprimieron nuestro divino Redentor, la santísima Vírgen Madre, los Apóstoles, Profetas y Patriarcas, la tierra que el Hijo de Dios regó con su inapreciabilísima sangre, se desprendieran de los afectos terrenos, elevando su espíritu á la consideracion de los prodigios del amor del Hombre-Dios, muerto aquí afrentosamente en el patíbulo de la cruz para la redencion de todo el género humano.

Santa, santísima es, pues, la tierra de recuerdos tan maravillosos. Para recorrerla y admirar á cada paso los portentosos acaecimientos que se obraron en ella, son necesarios instructores que ilustren al que de nuevo va á peregrinar. Sobre los muchos que se han consultado de todos tiempos y épocas, han llamado particularmente la atencion el viage del príncipe polaco, Nicolás Cristóbal Radzivili, que en 1583 cumplió su voto y publicó su viage en su lengua nativa, el cual tradujo en latin Tomás Tretero; el del P. Fr. Boucher, religioso de la Observancia de San Francisco, predicador en Jerusalen, por los años de 1511, que dió á luz con el título de *Ramillete sagrado;* el del Exmo. Sr. Deshayes, embajador en Constantinopla, enviado á la Palestina por Luis XIII en 1621; el del P. Antonio del Castillo, que hizo el suyo en 1626, y publicó bajo el título de *Devoto Peregrino;* el del canónigo de San Dionisio

de Paris el Sr. Doubdan, que viajó en 1652; el del Padre jesuita José Besson, misionero en la Siria en 1660; el del P. Fr. Jaime Goujon, conventual en Jerusalen, que escribió por mandato del general de la Orden, quien aprobó su obra en el convento de religiosos Observantes de San Francisco el grande de Madrid, á los 15 de Julio de 1670; y el del Padre Naud, de la Compañía de Jesus, que despues de haber estado muchos años en la mision de la Siria, visitó por tres distintas veces la Palestina, verificándolo en la última, asociado á la comitiva del embajador marqués de Nointel, cuyo viage publicó en 1702.

Abierto el camino por tan respetables y antiguos viageros, que corresponden á los siglos XVI, XVII y XVIII, siguen los que pertenecen al actual. Chateaubriand viene á ilustrar esta coleccion con su rápido y científico viage á la Palestina y Egipto en 1806; y por último, el R. P. Fr. María José de Geramb, trapense y procurador general de su Orden, que en 1833 recorrió la Palestina, Siria y Egipto, sirve como de base á esta obrita. Este noble húngaro, que en el siglo era conocido por el varon de Geramb, caballero de la Orden de San Juan de Jerusalen, levantó á sus expensas un cuerpo franco en 1805 y 1806 para defender su patria de las agresiones del Corso, y contra quien se batió en España el año de 1810, siendo general. Hecho prisionero, se le encerró con otros personages de categoría en las prisiones de Vincennes, sin que jamas pudiesen doblarle ni los halagos, ni las amenazas. El dia de la caida del usurpador fué tambien el de la libertad del baron, á quien, habiéndosele muerto la compañera é hijos que el cielo le habia dado, docil á los llamamientos de la gracia, fué á sepultarse vivo en la penitente soledad de la Trapa, dando un eterno adios á las mentidas felicidades del mundo, y derramando desde allí el aromático olor de su ardiente caridad, con las varias obritas que ha publicado para dispertar á los hombres del letargo. Cuando la revolucion del año 30 lanzó del trono y de su patria al infortunado Carlos X, fué igualmente arrancado el P. Geramb de su amada soledad, y obligado á dejar la Francia, donde la impiedad, despues de haberlo profanado todo, como si quisiera ridiculizar el estupendo prodigio de la aparicion de los aires, y en medio de un inmenso concurso de la Santa Cruz sobre la parroquia de Migné, cerca de Poitiers, verificado el dia 17 de Diciembre de 1826, cometió entre las embriagueces de su furor contra el Crucificado, el atentado execrable de arrastrar publicamente el signo de nuestra redencion. Entonces fué cuando este venerable padre, desde el rincon donde se habia refugiado, se obligó con voto, previas las licencias necesarias, á la peregrinacion de Jerusalen, para aplacar la divina Justicia. Las recomendaciones particulares que se le dieron, su nombradía, y el lustre de su familia, le valieron el ser tratado y recibido en todas partes con una distincion, que dificilmente pudiera conseguir un peregrino. Por ella, por su infatigable ansia de averiguar todo lo posible, visitarlo por sí mismo sin perdonar fatiga ni dispendio, y la facilidad de producir sus conceptos, ha resultado que su interesante obra fuese buscada con ansia por sábios é ignorantes.

Noticias escogidas con criterio, reflexiones sólidas, nacidas de un fondo de piedad; descripciones claras y precisas, cotejos de lo que ve con lo que se lee en los libros sagrados, trayendo á colacion los grandes recursos de los conocimientos científicos, forman el complemento de los viages del P. Geramb, con razon elegidos para servir de base como los mas completos y recientes en su clase. Se han suprimido algunos de los episodios y otras cosas inconducentes al objeto principal, coordinándolo todo para que el lector no tenga que retroceder con frecuencia á descripciones leidas.

Para ver con un golpe de vista la exactitud de los viageros en la descripcion de sus peregrinaciones, en cada uno de los capítulos se ha continuado por medio de notas cuanto han escrito referente á los pormenores que encierran. Este medio facilita el cotejo respectivo, y presenta el convencimiento de la verdad proclamada unánimemente en diferentes épocas. Ademas los escritores antiguos aclaran las ideas de los modernos por lo que no han podido reconocer, haciendo evidente la fuerza de la tradicion, esta luz de los pueblos, que pasando de una á otra edad, llega encadenada hasta nosotros por la serie de los siglos.

Ocuparíase inútilmente el tiempo si se quisiera persuadir la necesidad de respetar estas tradiciones que se trasmiten de generacion en generacion, y que respetan todos los pueblos. En la Tierra Santa, sobre las generales razones, las hay especiales: considéresela toda ella ocupada y tiranizada por los enemigos encarnizados del nombre cristiano: el empeño de destruir, de profanar y acabar con todo lo que tenga tendencia á los augustos misterios de nuestra creencia religiosa; medítense los efectos de la prohibicion de reparar lo que se caiga, y ténganse presentes los estragos de las cuasi continuas guerras que ha sufrido y sufre, y resultará de todo, que solamente la tradicion puede designar varios de los sitios donde acaecieron hechos prodigiosos, por haber desaparecido los piadosos signos que hablaban por sí mismos.

Nuestros hermanos correligionarios y representantes en la Palestina, estos héroes que á riesgo de su seguridad y vida, guardan de tantos siglos á esta parte los Santos Lugares, están continuamente vejados por los insidiosos enemigos de su reposo, los griegos, armenios y demas cismáticos que diariamente quieren ensanchar sus antiguas posesiones. El protestantismo, que hasta ahora no habia asomado en Jerusalen, desgraciadamente ha fijado allí su asiento, [1] y derrama el oro para comprar prosélitos; los padres de San Francisco, faltos de recursos, lloran las desgracias de un triste porvenir.

Seamos sensibles á las calamidades que amenazan; conjuremos la tempestad antes que la espantosa nube descargue. Imitemos á nuestros padres que tanto se esmeraron por la conservacion de estos inapreciabilísimos tesoros. Acordémonos de los sacrificios hechos por nuestros mayores, y de la sangre que derramaron para entrar en su posesion. Mas si una indolencia criminal hiciese que la tierra santificada nos fuese arrebatada, nuestros nombres pasarian á la posteridad con una nota de infamia; y las generaciones antiguas, levantándose de los sepulcros en que yacen, lanzarian sobre nosotros anatemas de execracion y de ignominia.

1 Escribíase esto en 1845, y téngase presente esta advertencia en toda la obra, porque en nuestra época los dias son siglos.